

# La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X. DIRECTOR PROPIETARIO: Ramón Blanco Rojo. PRECIOS DE SUSCRIPCION: En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53. COLABORADORES: Todos los suscritores. NÚM. 444.

MURCIA 23 DE OCTUBRE DE 1898.

## La Juventud Literaria

### PALIQUE

Ramon Blanco Benitez,  
lindo cual angel,  
tengo el gusto, señores,  
de presentarles.  
Este muchacho  
es cortés, dadivoso,  
fino y simpático.

Siete dias hoy hace  
que vino al mundo,  
y puedo asegurarles  
que sabe mucho.  
En estos tiempos  
cunde, hasta en los niños,  
tanto el progreso.

Su nariz y su boca,  
sus manos finas,  
y sus ojos preciosos,  
cual de odalisca,  
me encantan tanto,  
que de mirar á mi hijo  
nunca me canso.

Llora con tal dulzura  
cuando la teta  
no le dan al momento  
que él la desea,  
que me parece  
coro de sacristanes  
el llanto ese.

¡Oh! Ramón sabe mucho,  
tiene talento  
y á ocupar llegará  
muy altos puestos.  
Porque en chupando,  
como nuestros ministros,  
él se ha callado.

Esto me enorgullece,  
pues soy su padre,  
y digo:—Anda hijo mio,  
en siendo «grande»,  
¡como tu puedas  
clavar diente en tajada  
te redondeas!

En fin, que mi muchacho  
no tiene pero,  
es bonito, simpático,  
tiene talento;

como su padre...  
¡y á modesto, señores,  
no hay quien me gane!  
RAMON BLANCO (PADRE)



## MIS PRIMEROS VERSOS

Aunque soy pequesito  
tengo alma grande,  
y puedo hacer mucho bien...  
si me hago fraile.

Mi padre, cuando nací,  
me dijo que el mundo está  
muy perdido por arriba,  
por delante y por detrás.

Si los que son poderosos  
cometen tanta injusticia,  
¡que harán, Dios mio, que harán  
los pobres en esta vida!

Nací recitando versos  
de Zorrilla y Espronceda;  
soy literato. ¡Mal sintoma!...  
nunca tendré dos pesetas.

Mi padre LA JUVENTUD  
publica ya muchos años,  
mas recompensas no tienen  
sus tan asiduos trabajos.

La vida del periodista  
no me agrada, no señor,  
antes que ser periodista,  
me meteré á comadrón.

RAMON BLANCO (HIJO)



## ¡POBRE PABLO!

Aquel dia el sol amaneció nublado y el aspecto del cielo plomizo y tenebroso parecia infundir en el ánimo algo así como una payorosa tristeza. El ronco bramido de la hinchada ola, que se estrellaba contra el muelle, hacia balancear aquella gran casa flotante que se llama barco y que es prision interina de grandes desventuras.

Al alegre son de la popular marcha de Cádiz, repitiendo con entusiasmo vivas estridentes y ensordecedores que llenaban el espacio, llegó al muelle un peloton enorme de robustos mocetones, un batallon que como muchos iba á ser diezmado sin gloria entre los peligrosos escollos de la espesa manigua.

Entre la inmensa barahunda que producía aquella masa humana apiñada y compacta, que estrechaba aquellos valientes, destacábase una figura venerable que con profunda compasion y gran entusiasmo, depositaba en las rudas manos de los soldados un pequeño recuerdo metálico que ellos agradecian regocijados. Llegó el turno á un muchacho que mustio y cabizbajo, empuñaba su fusil; á pesar del tosco uniforme de ralladillo veíase en él cierto aire de distincion y correcta finura. Acercóse á él el espléndido caballero y al fijar su mirada escudriñadora en el rostro de aquel joven retrocedió lívido, aterrorizado y de sus trémulos labios salió esta frase de admiracion y espanto: ¡mi hijo! oh, sí, no hay duda... ¡y soldado!... Al escuchar estas palabras una sensacion extraña, jamás sentida, agitó el corazon de Pablo, y como-vido quiso precipitarse en brazos de quien tal nombre le daba, porque en efecto, aquel rostro tenia á su memoria el lejano recuerdo del autor de sus dias, ¡hacia tanto tiempo que él quiso ser olvidado! pero en aquel momento y cuando él cojía á su padre que pretendia huir, un niño de corta edad acercóse al anciano y viéndole perseguido por un soldado que le llamaba padre, exclamó lleno de inocente orgullo: ¡no, no, este no es tu papá, es mio; mi papá no tiene hijos soldados!...

Al escuchar aquella voccecita de ángel con embozos de astuta y venenosa serpiente, soltó Pablo el brazo de su padre y este como ruborizado y cual si quisiese atestiguar lo dicho por el niño, huyó entre aquel revuelto torbellino para ocultarse á su propia vergüenza.

Aquella fué la mas terrible de todas las heridas que podian inferir al noble y hermoso corazon de Pablo; el venenoso filo de tan acerado puñal llegó hasta lo mas recóndito de su alma. Anonadado por tan terrible aunque momentánea escena, entró en el buque que habia de conducirle allende los mares, y buscando un apartado rincón, dejese caer aniquilado por tan triste suceso, cual si estuviere ébrio. Largo rato permaneció sumido en henda meditacion, hasta que un profundo suspiro, uno de esos ayes del alma, se escapó de su oprimido pecho; con pausado movimiento llevóse la mano á un bolsillo interior de su guayabera y sacó un objeto que contempló con verdadera vehemencia cual si le prestase

algun poderoso consuelo y fuese un lenitivo á su amargura, aquello que parecia tener para él gran valor y que era su talisman querido, un tesoro inolvidable, era una sencilla fotografia, admirablemente aprovechada. Velase en ella la figura de una mujer hermosa y angelical, y en el reverso una preciosa imágen de la Virgen del Carmen, con la siguiente inscripcion piadosa:

¡No le dejes, madre mia!  
Con duplicada pasion contempló Pablo aquel retrato y ante la rudeza del golpe que acababa de sufrir parecia surgir mas potente y sublime que nunca la llama de su amor verdadero y profundo. Como náfrago que se aferra á la tabla de salvacion estrechó el retrato contra su pecho con amoroso transporte: ¿cómo no si era la única persona que le amaba en el mundo? ¡qué multitud de tristes recuerdos torturaban su mente en aquellos momentos! cuán buena era su santa madre, si ella hubiese vivido! ¿Más de qué sirve el llanto anduco no hay esperanza? solo para acrecentar el dolor.

Cuando llegaron al campo de batalla, Pablo tenia formado su plan, ardía en deseos de conquistar gloria y méritos para ofrecer todos sus laureles á la mujer que amaba y que llenaba su vida.

Desafiando el peligro, temerario en el paroxismo de la rabia, y con la avidez de ver realizado su plan, entró en la lucha traidora y desigual, distinguiéndose heroicamente por su arrojo y valor. La victoria fué en aquella ocasion considerable, pero quién recojió el premio y los aureles?... Su héroe quedó oscurecido y el jefe que mandaba la fuerza, recibió el ascenso, y acaparó los vitores y reclamaciones.

Aquella decepcion no hizo desalentar aquel espíritu fuerte y valeroso.

Otro nuevo combate le encontró con el mismo anhelo, con la misma esperanza, pero esta vez la suerte le fué adversa; una inmensa granizada de balas, sembró entre ellos la desolacion y el esterminio.

Pablo recibió como premio de sus afanes una terrible y mortal herida.

Abandonado entre el espeso matorral, nadie podia acordarse de él... ¡pero nó! un ángel de la caridad debia recoger su último suspiro!

El campo quedó desierto y solo; en algunas direcciones veíanse hermanas de la Caridad en busca de heridos. Una de ellas fijábase en todos los heridos que hallaba á su paso con imponderable afán. Por fin, llegó donde estaba Pablo, casi exánime y cubierto de sangre, arrodillase ante él y un grito de inmenso dolor se escapó de su garganta.

¡Pablo, mi pobre Pablo! le gritaba fuera

